

SOUTHERN, R. W.: *La formación de la Edad Media*. Traducido del inglés por Fernando Vela, con el asesoramiento de Luis Vázquez de Parga. Madrid, Editorial "Revista de Occidente", 1955, 296 págs.

HICOUNET, CHARLES: *L'écriture*. Paris, Presses Universitaires de France, 1955 (Nº 653 de la Coll. "Que sais-je?"), 136 págs.

"El tema de este libro es —dice su autor— la formación de la Europa occidental desde las postrimerías del siglo x a los principios del xiii" (pág. 9). Como fechas simbólicas se dan los años 972 y 1204: el primero corresponde al viaje que el erudito Gerberto de Aurillac (más tarde Papa con el nombre de Silvestre II) emprendió de Roma a Reims para estudiar lógica; la segunda fecha es la de la toma de Constantinopla por los cruzados. No obstante, en la obra se rebasan con frecuencia estos límites cronológicos.

Se trata de la época durante la cual Europa se convierte en centro de la Historia Universal y asume la supremacía política, económica y cultural. “Los hechos significativos —advierte el A.— fueron a menudo los oscuros y las manifestaciones importantes fueron con frecuencia las de los hombres retirados del mundo o que hablaban para pocos” (pág. 11). Lo que no impide, ciertamente, que esa “callada revolución” constituya un acontecimiento del que los contemporáneos toman conciencia. Ellos supieron ver con claridad —por lo menos algunos— tal movimiento de “caballería y saber”, es decir, civilización.

El libro se compone de cinco capítulos, subdivididos a su vez en diferentes secciones. En el I, “La cristiandad latina y sus vecinos”, se bosqueja el aspecto que por entonces presentaba la Europa occidental y se exponen las relaciones con los pueblos circundantes. Subráyanse las influencias bizantinas y musulmanas, junto con el grado de comprensión en que fueron consideradas por los europeos; comprensión más acusada respecto al mundo islámico que al romano-oriental, pues éste era un misterio cuya solución consistía en su destrucción. El segundo capítulo, “Los vínculos de la sociedad”, ofrece un esquema de la sociedad medieval, el desarrollo del gobierno, que supera el localismo basado en la violencia hasta formularse concepciones más universales y una estructuración jurídica fundada en el derecho divino. Examínanse la servidumbre, la nobleza y la idea de libertad, que para el hombre medieval era inseparable de la ley y de un orden racional. En el tercero, “La ordenación de la vida cristiana”, se analizan las diferencias entre la Iglesia a que se aspiraba antes y después del siglo xi; pues si antes se deseaba una Iglesia secularizada y mundana, estos ideales se purifican luego hasta surgir el anhelo de una Iglesia independiente, como orbe ideal cuya jerarquía encabeza el Papa sin sometimientos al orbe seglar. También se trata del Papado y de la vida monástica.

Quizá uno de los capítulos más interesantes sea el cuarto: “La tradición intelectual”. Señálase con sagacidad la autonomía de los estudios seculares frente al saber cristiano, aun cuando se hallen estrechamente ligados a la vida cotidiana de la Iglesia. Se indica también el papel decisivo que desempeñó la lógica en la formación intelectual de la Edad Media: su asimilación constituye, evidentemente, la mayor faena intelectual entre el siglo x y fines del xii, pues con la lógica se abre un espacio racional y ordenado en medio de un mundo caótico; espacio que permite, además, una visión clara y sistemática del alma humana y del cosmos. Distingúense bien los papeles que en la enseñanza y en todos los planos culturales representaron monasterios y catedrales: éstas dieron a la enseñanza un carácter más desenvuelto y profano, aunque las diferencias no deben ser llevadas demasiado lejos. Surge por entonces el afán de organizar ‘sistemáticamente’ los conocimientos, allegados tras lento y laborioso proceso en forma aislada, mediante glosas a los libros antiguos, y aparece el ideal de la *Summa*. A partir de este momento se sientan las bases del trabajo sistemático en conjunto, de una tradición educativa merced a la sucesión de maestros que no actúan ya esporádicamente. Con lo cual, dice el autor, nos hallamos en el umbral del movimiento universitario.

El último capítulo —“De lo épico a lo romanesco”— reúne los hilos dispersos. “Al cambio de acento desde el localismo al universalismo, el surgir del pensamiento sistemático, la exaltación de la Lógica —a todo esto, puede añadirse un cambio que en cierto sentido los comprende a todos: el cambio de lo épico a lo romanesco” (pág. 236). En el mismo tiempo en que aparece un cuerpo sistemático e impersonal del Derecho y la Teología, tenemos también una afirmación del individuo, de la experiencia subjetiva, de la conciencia y de la vida interior: es entonces cuando el personalísimo tema del amor señorea la literatura y se cultiva la soledad como ámbito en el cual se ejerce la “virtud esencial” del caballero. Este paso de lo épico a

lo romanesco no es tan sólo un movimiento literario, aunque se observe con más claridad en la literatura; lo notamos asimismo en la transformación de las representaciones de Cristo, más humanizadas y cargadas de sufrimiento, en la iconografía y el culto de la Virgen, que Émile Mâle, por ejemplo, ha estudiado magistralmente.

El libro es, en líneas generales, diáfano y ordenado, sin excesivo aparato erudito —aunque muy documentado—, objetivo y que revela en su autor un fino espíritu analítico. M. Southern ilustra admirablemente los hechos generales mediante casos concretos, evitando así las deformaciones fantásticas y la pérdida de contacto con la realidad histórica. Sin embargo, en ocasiones, las líneas directivas que el libro se propone establecer parecen esfumarse y los hilos dispersos se separan demasiado; pero no tanto como para que el lector pierda completamente de vista el tema principal. En todo caso es una excelente introducción al estudio de la Alta Edad Media, no sólo en sus aspectos políticos, sino también en los económicos y culturales. La traducción se ha hecho con fidelidad y la presentación tipográfica merece, a su vez, elogio.

\* \* \*

La historia de la escritura es, como advierte el A., en cierto modo la del progreso del espíritu humano, y establecer su proceso resulta difícil, máxime cuando se dispone solamente de un corto espacio. De ahí el interés e importancia de esta síntesis del profesor Charles Higounet, de la Universidad de Burdeos, quien, ateniéndose a los datos esenciales, traza su desarrollo histórico en sencillo y ameno estilo. Comienza con un breve capítulo dedicado a la escritura como expresión gráfica del lenguaje, al que siguen otros acerca de las escrituras no alfabéticas (súmeru-acadia, egipcia, hitita, proto-índica, cretense, china, americanas precolombinas, chipriota y persa), alfabéticas (fenicia, aramea, hebrea cuadrada, árabe, sudarábigas, etíope, india, líbica, ibérica, griega, copta, gótica, eslava y rúnica), latina hasta el siglo VIII y medieval. La exposición termina con un estudio de la escritura moderna y unas rápidas consideraciones sobre la escritura del futuro.

No obstante tratarse de una obrita de divulgación, está concebida y realizada de acuerdo con un riguroso criterio científico. Ilustran el texto algunas transcripciones y, además, se presentan varios alfabetos. La información es muy objetiva, notándose, por otra parte, la preocupación del A. por estar al día, tanto en el curso de la exposición como en la sucinta bibliografía que añade al final de su resumen.

JORGE RODRÍGUEZ ROMERO.